

Fotografías de Mario Vivado
Lo que el SIDA se llevó: Yeguas del Apocalipsis

D21
GALERÍA DE ARTE



CAT. #12



MARIO VIVADO P. (1955)
FOTÓGRAFO

EN LOS 80 DOS PERSONAJES DEL “ANDER” FORMAN EL COLECTIVO LAS “YEGUAS DEL APOCALIPSIS”.

UN DÚO DIVERTIDO Y CONTESTATARIO “DESCONSTRUCTIVISTA O TRANS-TEATRAL” PARA LOS MOMENTOS DE “TRANSICIÓN O INTEGROGLOBAL” QUE EN ESE TIEMPO ESTÁBAMOS VIVIENDO LOS CHILENOS.

SON EL ESCRITOR PEDRO LEMEBEL Y EL ESTUDIANTE DE LITERATURA PANCHITO CASAS. ELLOS DEDICADOS A REVIVIR LAS PERFORMANCES DE LOS 60/70 CON MUCHA ORIGINALIDAD Y HUMOR, REALIZAN EN LA CIUDAD VARIADAS CITAS A LA CONTINGENCIA, ENMARCADAS EN EL MUNDO GAY. SORPRENDEN CON SU HUMOR Y DESORDEN.

ES ASÍ QUE ME CONTACTAN PARA REALIZAR LA SESIÓN FOTOGRÁFICA DE UNA PERFORMANCE QUE ESTABAN PREPARANDO EN EL I. CHILENO-FRANCÉS DE CULTURA. EL TEMA “LO QUE EL SIDA SE LLEVÓ”.

LLEGARON CON SUS VESTUARIOS Y MAQUILLAJES, CON MUCHO PROFESIONALISMO Y MUY GRACIOSOS.

JUNTO A MAGALI RIVANO QUE ESTABA EN MI ESTUDIO Y QUIEN SE INTEGRÓ CON MUCHO HUMOR A LAS PUESTAS DE ESCENA Y CORPORALES

DETRÁS DE CÁMARA, NOS LANZAMOS A UNA VERTIGINOSA SESIÓN DE PERSONAJES COMO MARILYN, BUSTER KEATON, PERSONAJES DE LA CASA DE BERNARDA ALBA Y EN FIN DE OTROS VARIADOS QUE SOLO ELLOS SABÍAN A QUIEN CITABAN. MÁS DE 4 HORAS, MUCHA CREATIVIDAD, VINO Y DIVERSIÓN CORRIERON EN ESTA VELADA, FINALIZANDO EN UNA RICA COMIDA EN EL RESTAURANTE DE DON WILLY Y AMIGO “VENECIA”.

REALIZÉ MUCHAS TOMAS Y CERCA DE 30 OBRAS EN BLANCO Y NEGRO TRATADAS CON BLANQUEADOR FUERON EXPUESTAS PARA LA PERFORMANCE PROGRAMADA EN ESA TARDE Y NOCHE. AL OTRO DÍA LAS DESCOLGUÉ Y AHORA 20 AÑOS DESPUÉS LAS VOLVEMOS A LAS PISTAS GRACIAS A LA IDEA Y AQUIESCENCIA DE PEDRO MONTES Y A LA COLABORACIÓN DE MI AMIGO JORGE ZAMBRANO, A QUIENES LES AGRADEZCO PROFUNDAMENTE.

M.V.





FOTÓGRAFO POR ENCARGO

Los retratos que desentierra hoy el fotógrafo Mario Vivado Portales fueron tomados a fines de los ochenta en una época en que el devenir de las dos divas retratadas, inventadas del barrial de San Miguel y Barrancas, despliegan sus reinas mugrosas desde estos dos extremos, sur/œste, significantes de la periferia capitalina de entonces. Canonizadas por el rock ander como “Las Yeguas del Apocalipsis” en las catedrales de las noches bravas santiaguinas, inscritas a la manera de colectivo patrio del arte majadero, a partir de la expulsión del Museo de Bellas Artes por falta grave a la moral y las buenas costumbres. Consabidas partisanas son al hacer suyos los múltiples devenires minoritarios de aquellos tiempos a pleno ejercicio performativo en denuncia del sistemático exterminio de cuerpos disidentes por parte de la dictadura militar chilena y la segregación, y ocultamiento de los signos homosexuales por parte de la sociedad cultural. Los cuerpos masculinos amanerados de Las Yeguas del Apocalipsis, comparecen equinamente femeninos, al parecer inventados por una especie conceptual de doctor Frankenstein en un imaginario demencial, orate, que desplazaba o intentaba desplazar la imagen despolitizada y ridícula de consumo de la “maniquí” y su comparencia anoréxica frente al mercado local, lugar de confinamiento y transacción por parte de la clase empoderada, esa consabida señora de clase alta que pasta su gordura en

los faldeos cordilleranos, burguesa y fascista, siempre emparentada en un apellidaje enraizado con la casta castrense católica, eufórica en su “distinción” con la puntada explotadora, y ahí, muy a pesar suyo, están las yeguas con ese nombre/apodo que arma estrategia con lo femenino proletario, desde los adjetivos descalificativos que violentan a la mujer operaria.

El mundo no es a nuestra medida, ni menos la orilla donde aun habitamos como recolectores tráfugas del desecho, la llegada a Chile de la pandemia del SIDA vino de la mano del mercado del despojo, USA, “la ropa americana”, desperdicios de marcas de modas, de poses finiseculares, al alcance del lumpen por dos pesos, del pellejo desvestido que se pelea el trapo desinfectado, a golpes en calle Bandera, a pocas cuadras donde engalanaban la noche los prostíbulos de San Martín y San Pablo con sus matronas flameando sus colgajos de las ventanas, harapos para vestir otros cuerpos desvestidos por la pobreza y la violencia policial, el Chile del plebiscito, del pos plebiscito, la moda, la nueva maqui-llada oficial.

Mario Vivado, joven rubio, atractivo y virtuoso fotógrafo de modas retrata por encargo estos cuerpos trasnochados, en des-exhibición constante, luciendo las codiciadas marcas, el fetiche desechado de la pasarela neoliberal. Lo hace con excelencia, técnica y oficio bajo las luces de su estudio

en el barrio de Patronato, donde llegan las Yeguas del Apocalipsis con dos sacos atiborrados de prendas usadas.

—Lo que el SIDA nos dejó!, dijo una.

—Mejor, ¡lo que el SIDA se llevó!, exclamó la otra babeando.

Brillos, plumas, pelucas pegajosas, antiguos juguetes infantiles, Mario Vivado compra pisco, y las emprende a juerga y golpes de flachs, de besos pintados, de piernas recién depiladas, todas cortadas por la máquina oxidada de rasurar, nalgas que se le abren dejando ver diminutos anos enrojecidos por la juerga, ojitos rojos de tanta Perestroika, escotes vacíos, pura ilusión de divinidades en su “loco afán” de ser estrellas de cielos oscuros, dos pájaras trasnochadas, negras, que se ponen y sacan la ropa una noche entera, entre ellas se pelean el rimel, los corsé y la bisutería, la seda y el raso, se ponen gafas, antiguos trajes de baño de los años veinte y posan como esas actrices de cine que idolatran cuando el alcohol las ha embriagado; incesantes, hediondas, se cambian el maquillaje, se extorsionan nuevamente, a potito pelado frente al ojo avivado de Vivado que es engañado, y se cree el cuento hasta el día de hoy, y cree ser él el artista.

—Se cree fotógrafo! Le dijo en esa oportunidad la una a la otra apenas terminó de vomitar.

Francisco Casas





LO QUE EL SIDA SE LLEVÓ

Con ese nombre de marquesina marchita, Las Yeguas del Apocalipsis nos juntamos con el fotógrafo Mario Vivado en 1989 para realizar un álbum de poses, besos de matiné y muecas divinizadas por la luz azulosa del estudio fotográfico. Recién estrenábamos el nombre en la tarima del arte, y la foto retrato era un espejo para blindarse la fachada con el estuco barato de nuestro social popular.

La dictadura agonizaba en pos de un futuro democrático. Vientos de augurio nos alzaban las polleras travestis esa noche cuando las yeguas entramos al cinemascopio descalzas y con una pluma gorriona en el escote. La pies dorados, como el personaje de la novela, me repetía la Pancha envolviéndome el torso destetado en celofán metálico, hasta hacerme perder el aliento y desfallecer en el ahogo sidático para la cámara. Total no estamos contagiadas aun, y podemos augurar que nunca lo estaremos, decía escupiendo al cielo la yegua azufrosa.

El set era pálido cuando salió la luna y pusimos cara de nomeolvides para el click fotogénico. Pero no era la luna, solo un foco más del escenario penitencial donde se trizaban espejos y copas mientras afuera, en la calle de ese Santiago milico, el sida arreciaba en los suburbios del travestismo callejero. Entonces, en un ángulo del enfoque, algún adiós ironizaba el desplante de ponerse trapos de mujer antigua recolectada en los mercados persas. Ropas de los

años cuarenta, cincuenta, sesenta; trapos tristes heredados del splendor materno, de una juventud materna, de un duelo materno, de alguna niñez materna. Splendor veneziano de carnaval luctuoso. Splendor de playa y verano pobre; el mar o aquel barquito a la deriva y la muñeca calva y fea que se pinta de linda para el lente que la enfoca deshojándole el cuore.

Todas las madres en el aura vaporosa de esas fotos parecen actrices de cine. Te lo dije, te lo advertí, decían ellas, y nosotras yeguas ninfas, potras en celo, arrancándonos al estudio de aquel fotógrafo que nos prometía fama Monrœ cuando apretaba el obturador y nosotras interpretábamos el film de la plaga homo sexi para todo público. Te lo digo, te lo advierto, Camelia, nos decían, pero igual partíamos las dos primas babosas de hollywodesco carmesí, y en cada flashazo, estallaban llamaradas de mambo y burlesque. Ay mama Inés, que bellas fuimos esa noche, y jamás repetiríamos el acierto de parecer divinas muñecas de callejón portuario. Era el fantasma del sida, lo que hacia embellecer la cascarría pioja de aquella flacura proletaria. Sin duda que también era el ansia de saltar fronteras, brincar territorios, cruzar modas, meterse en la película del arte o salir de la película del arte embetunadas de luto patrio. Fue así, y así se nos ocurrió. Llegamos con lo puesto a la escena plástica, caminando con garbo patuleco, y pre-

ñadas de utopías rabiosas en la madrugada de lacre albor. Sin duda, la plaga pintaba de Apocalipsis la huella embarrada del tul. Era aquel pájaro de raso negro que opacaba las risas y nos dejaba lindas pero tristes despidiendo a las amigas colas en aquel muelle contagiado de naufragio.

Ahora, después de veinte años, las fotos tienen, una rara inocencia que nos retrata sobrevivientes de la peste en brumosa claridad. Casi se podría decir que la película no terminó muy bien, pero las yeguas salieron glamorosas del cine abanicándose con un carnet de baile en el arte latinoamericano.

Pedro Lemebel





D21 Galería de Arte
Nueva de Lyon 19,
departamento 21
Providencia, Santiago de Chile.
56-2 3356301
www.departamento21.cl

Director
Pedro Montes
Directora ejecutiva
Claudia Hidalgo
Diseño
Antonia Sabatini

Lo que el SIDA se llevó:
Yeguas del Apocalipsis
28.04.2011 / 31.05.2011

Fotografías de Mario Vivado
Curaduría de Jorge Zambrano

Support By



NEVER STOP EXPLORING™

